

LAS CALABAZAS

Abrí la ventana para que me entrase el aire fresquito de la mañana. Me acababa de levantar y había tenido un sueño extraño y necesitaba contemplar el huerto de abuelo Joaquín, que veía desde la ventana de casa. Tenía que contemplar las calabazas que él tenía plantadas con su color amarillo-naranja y la hoja tan verde que las rodeaba. Ahora os contaré mi sueño, que creo que os gustará.

Yo abrí la ventana de mi habitación, porque sentía un rumor extraño, un ruidito continuado que me intrigaba. ¿Quién podía hablar?... Al asomarse, no vi a nadie y miré hacia el huerto. No estaba ni el abuelo Joaquín ni Pepita, su mujer. Eran las 7 de la mañana, y es hora de ir al mercado, a vender las verduras del huerto. Pensé que lo mejor que podía hacer era vestirme y bajar a realizar una inspección por los alrededores. Dicho y hecho. Me planté en pocos minutos en la puerta del huerto de Joaquín. Como era de esperar, la puerta estaba cerrada. Di la vuelta siguiendo la valla y el rumor se iba haciendo más y más fuerte, a medida que me acercaba dónde estaban plantadas las calabazas. Me agaché para escuchar mejor y, sin embargo, ¡era cierto!... ¡las calabazas hablaban!...

Una de ellas, la más redonda y gordita decía a las demás:

-Amigas: Os he hecho desvelar temprano, porque tenemos un asunto serio para hablar. Se trata de humanos.

-¿Qué ocurre? -preguntaron todas a una voz.

-Ahora os lo contaré.

Y con un tono grave empezó su disertación: Resulta que los hombres y las mujeres utilizan nuestro nombre, el nombre que ellos nos pusieron, el nombre de calabaza, que nos gusta lo suficiente a todas,...

Un sí unánime de afirmación interrumpió la explicación.

-Pues, como os iba diciendo, utilizan este nuestro nombre por las cosas negativas que les ocurren, por las cosas malas.

-¿Qué quieres decir?, -preguntaron las calabazas. ¡No te entendemos!

-Os lo contaré, continuó la calabaza más grande y redonda.

-Cuando un niño, en la escuela, no sabe algo que le preguntan, le dicen que le darán una calabaza, en vez de decirle una mala nota. Cuando un joven le pregunta a una chica si quiere casarse con ella y ésta le dice que no, dicen que le ha dado calabaza. Cuando un negocio no se acaba de realizar porque alguna de las partes no acepta las condiciones de la otra también lo que ha perdido, ha recibido calabaza... ¿Entiende?... Siempre nos utilizan por el lado negativo.

Las calabazas le respondieron que no lo comprendían demasiado, porque no sabían qué quería decir estudio, casarse, negocio...

-Os lo contaré: Los hombres y las mujeres necesitan leer papeles, que llaman libros, para saber cosas, y van a unos lugares que se llaman escuelas, para aprender estas cosas. Pues bien, a nosotros no nos hace falta ir a la escuela, lo que necesitamos es que la lluvia y el agua del riego nos alimenten, y el sol, la gran fuente de energía, nos dé color y nos haga crecer. Nosotros no nos casamos, no tenemos ese problema. Estamos juntas hasta que el abuelo Joaquín o Pepita nos llevarán al mercado. Tenemos el alimento necesario del agua, la tierra y el sol, que nos hace vivir y crecer y no tenemos que ganarnos la vida en negocios.

-Ahora lo entendemos, dijeron las calabazas del huerto, y no estamos de acuerdo con que utilicen nuestro nombre para cosas negativas, porque ...

Y antes de que pudieran continuar, la gran calabaza añadió:

-Porque nosotras valemos mucho... Alimentamos a los humanos, que nos utilizan para varias cosas, como enriquecer el caldo con vitaminas y buen gusto, hacer puré... Pero, sobre todo, hacemos felices a los niños ya mucha gente golosa, porque con nosotros se hace el cabello de ángel, en la pastelería. Por tanto, reivindicamos que no se utilice más nuestro nombre para las cosas negativas y malas. Queremos ser aprovechadas por lo que somos realmente: Alimento y alegría por las personas.

-¡Sí!, ¡sí!, ¡lo reivindicamos!,- gritaron las calabazas.

-Prepararemos una manifestación todas las de este huerto, y seguro que cuando lo sepan las de los otros huertos, ¡se añadirán!

No puedo deciros cómo terminó todo porque, desgraciadamente me desperté; pero pensé que le preguntaría: “**¿Os gusta que os pongan palabras despectivas?...**”

Montserrat Llopart